

quiso levantarse de la cama para huír con su hija; pero le faltaron las fuerzas.

Derepente, después de repetidos golpes, cayó con sordo estrépito un lienzo de la pared del cuarto, precipitándose por aquella entrada un grupo de los sitiadores que habían practicado aquella horadación para penetrar por allí á la plazuela del Cármen, al mismo tiempo que se daba el ataque al convento.

El capitán que había mandado practicar la horadación, se detuvo un momento sorprendido al ver, á la luz de la lámpara que allí ardía, á la madre de Luz que medio sentada en la cama, abrazaba á su hija como queriéndola ocultar de los que habían entrado. Cuando, fijándose más, se hubo cerciorado de la hermosura de la joven, cruzó por su cerebro una idea siniestra, y acercándose á la cama, rechazó con mano brutal á la enferma, arrancando de sus brazos á Luz que se desprendió lanzando desgarradores gritos.

De improviso, y cual si hubiera salido del seno de la tierra, otro oficial se arrojó interponiéndose entre el capitán y Luz, y levantando su espada, dijo al primero:

—¡Atras! capitán; si la Ordenanza me manda que le obedezca y respete en los asuntos del servicio, la dignidad de hombre y los fueros de la humanidad que aquí quiere hollar cobardemente, me obligan á levantar mi espada contra vd. Si da un paso más, lo atraveso con ella!

—¡Lo veremos!—dijo el capitán arrojándose sable en mano contra el defensor de Luz.

El valiente oficial paró habilmente los golpes de su contrario, y aprovechando un momento oportuno, le hundió la espada hasta la guarnición, dejándolo muerto.

Terminado el combate que Luz y su madre habían presenciado horrorizadas, el oficial se dirigió á la joven diciéndole:

—Señorita, en este momento yo soy aquí el jefe superior pues era el teniente de la compañía: si como lo espero, quedamos dueños de la manzana, nada tienen ustedes que temer, pues cuidaré de ustedes como de mi propia familia hasta que mi presencia no sea necesaria.—Y se retiró saludando respetuosamente, mandando cubrir la brecha que allí habían abierto y sacar el cuerpo del capitán.

Como el teniente lo había previsto, la manzana no fué recuperada por los sitiados, aunque lo intentaron varias veces.

El noble oficial cumplió su palabra, cuidando leal y caballerosamente á las desdichadas mujeres, que veían en él un ángel salvador.

#### IV.

Enrique, entretanto, sufría los tormentos del infierno.

El imprevisto ataque que había dado por resultado la toma de la manzana en que vivían su madre y su hermana, lo había separado de éstas sin que le fuera dable saber la suerte que habían corrido.

En ciertos momentos se veía tentado á lanzarse sólo en medio del enemigo para averiguar, aun á costa de de su vida, el paradero de aquellos seres tan queridos para él; pero los deberes que tenía que cumplir lo contenían.

El sitio seguía cada vez más estrecho. Los sitiados á pesar de su valor indomable comenzaban á flaquear, porque cada día que pasaba aumentaba la escasez de recursos.

El desaliento cundía apoderándose aún de los ánimos más esforzados, porque ya nadie luchaba con la esperanza del triunfo, aliciente que convierte en héroes aún á los hombres vulgares.

Todos preveían que no estaba lejos el día de la toma ó rendición de la plaza.

Hallábanse en tal estado las cosas, cuando un día en el puesto avanzado del Carmen izaron bandera blanca, tocando á parlamento.

Los defensores del fuerte entraron en pláticas con el enemigo, pretendiendo por este medio ganar algún tiempo y hacer entrar, si les era posible, algunos víveres á la plaza. Suspendiéronse, pues, por aquel lado las hostilidades.

Dejemos por un momento á los contendientes sustituir, aunque solo sea de un modo parcial, á los alardes de la fuerza bruta, los ardidés de la diplomacia; y veamos como aprovechó Enrique aquellos momentos de paz.

Inmediatamente que las negociaciones comenzaron á entablarse, se dirigió presuroso en busca de su madre y de Luz.

Penetró resuelto por el dédalo de escombros que llenaban la manzana donde habían quedado, y previo el permiso del comandante del punto, llegó hasta la pieza donde tres días antes las había dejado.

Grande fué su asombro cuando vió que aun estaban allí, é inmensa su alegría cuando la madre y la hermana le refirieron, sin olvidar ningún detalle, como habían debido su salvación y la subsistencia de aquellos días, á la extrema bondad de un oficial llamado Luis Solórzano, teniente de la compañía que sostenía aquel punto.

Enrique salió desde luego en busca del oficial, al que no tardó en encontrar.

—Caballero,—le dijo al verlo,—sé que es vd. el salvador de los dos objetos que más amo en el mundo: mi madre y mi hermana. Sé que por ellas se ha expuesto vd. hasta á la muerte. ¿Tendrá vd. la bondad de decirme, cómo podré pagar, si es que pagarse puede, la inmensa deuda de gratitud que con vd. he contraído?

—El pequeño servicio que tuve la feliz oportunidad de prestar á su estimable familia,—respondió el oficial, no merece ni aun siquiera mención, puesto que solo ejercí allí el cumplimiento de un deber. Si vd. cree que eso merece alguna recompensa, concédame

su amistad y con ella quedaré ampliamente recompensado.

—Cuenta vd. siempre con Enrique López,—respondió el hermano de Luz, estrechando en un fuerte abrazo á Solórzano.

Los dos nuevos amigos departieron algunos momentos, protestándose fiel y duradera amistad. En seguida Enrique se despidió para trasladar á su familia á un lugar donde no estuviera expuesta, como allí lo estaba, á las eventualidades de un próximo combate.

La tregua concedida á los del convento del Carmen, se había prolongado cuatro horas sin que nada pudiera arreglarse. Las propociciones que se hicieron mutuamente los beligerantes fueron rechazadas, y las hostilidades se rompieron de nuevo, sin que los defensores del fuerte lograran su intento de introducir víveres á la plaza.

## V.

El sitio se iba prolongando más de lo que al principio se había creído.

Treinta y un días habían trascurrido ya en continuos y reñidos combates; y aunque los sitiadores habían logrado adquirir algunas ventajas, los sitiados permanecían firmes en sus puestos, disputando con valor heróico el último palmo de terreno que les quedara.

Se hacía, pues, necesario intentar un asalto general y decisivo, y en tal sentido obró el jefe sitiador.

En la madrugada del día 29 de Octubre se dió la orden de que todo el cuerpo de ejército que sitiaba la plaza, compuesto de cerca de veinte mil hombres, avanzase sobre las fortificaciones, llamando la atención del enemigo por todas partes; pero dando el asalto formal por los conventos del Carmen y Santo Domingo.

De antemano se había mandado demoler toda una manzana situada paralelamente á la espalda del templo de Santo Domingo, dejando solo las paredes exteriores y mandando rellenar aquel vasto cuadro con los mismos escombros, hasta dejar una ancha planicie que dominase la altura de Santo Domingo y los fortines inmediatos. A esta formidable posición se le llamó, “la torre de Malakoff” y sobre ella se colocaron tres baterías de artillería de grueso calibre que enfilaban las posiciones enemigas que estaban al frente.

Tres cañonazos tirados de la “torre de Malakoff,” fueron la señal del asalto; en el momento todo el ejército sitiador avanza sobre las fortificaciones enemigas.

Las diez y ocho bocas de fuego de la “torre de Malakoff” comenzaron á jugar sobre Santo Domingo y los fortines inmediatos para abrir brechas á las columnas asaltantes. Media hora duraría este terrible fuego, suspendiéndose al fin, para dar paso á los batallones que avanzaron á pecho descubierto, en compactas columnas sobre Santo Domingo y sus fortificaciones.

El choque fué terrible y sangriento; los sitiados recibieron á los asaltantes con nutrido fuego y la lucha se empeñó cuerpo á cuerpo; pero al fin tuvieron que ceder, dejando en poder de sus contrarios la importantísima fortaleza de Santo Domingo.

En tanto que esto pasaba en Santo Domingo, otro combate no menos reñido tenía lugar en el convento del Cármen.

El bizarro General Leandro Valle se empeñaba en la toma de aquel fuerte.

Después de haber lanzado sus columnas de ataque sobre la huerta del convento, el joven General Valle, con singular audacia, mando colocar una escalera apoyándola en la pared de una capilla que estaba contigua á la torre, y subió por ella para asaltar la altura, seguido de sus oficiales y soldados más escogidos.

La empresa era propia de aquellos héroes antiguos que solo hemos oído nombrar en romances ó cantos legendarios.

Valle quiso subir el primero; lo seguía inmediatamente Luis Solórzano, á quien conocemos.

Los que defendían la altura, no esperaban ni remotamente ser atacados por allí: tan irrealizable les parecía la empresa.

El General Leandro Valle y Luis Solórzano, saltaron casi al mismo tiempo sobre la azotea de la capilla.

Al ver saltar de improviso aquellos dos hombres, el centinela más inmediato tendió su fusil casi á quemarropa, apuntando al pecho de Solórzano; pero en el mis-

mo instante una mano levantó el fusil bruscamente, sabiendo el tiro sin herir al oficial. Esta mano era la de Enrique, que había reconocido, no sin gran sorpresa, en aquel oficial, al salvador de su hermana.

Este momento de indecisión bastó para que el reducido espacio de la azotea se llenara de enemigos.

Por su parte los sorprendidos defensores del Fuerte, acudieron en gran número á aquel sitio alentados por la presencia de su bravo jefe el coronel Piña y se trabó una espantosa carnicería al arma blanca.

Por todas partes caían aquellos hombres atravesados por la bayoneta ó por la espada, lanzando imprecaciones de furor.

Pronto la azotea se convirtió en un lago de sangre, donde los contendientes resbalaban y que corría á chorros por las canales. (Histórico.)

En los momentos más apurados del combate, cuando Enrique y Solórzano llegaban á encontrarse empujados por las peripecias de la lucha, Enrique bajaba la espada, tinta en sangre, y se colocaba delante de Luis para desviar los golpes que le dirigían; pero éste se lanzaba á distinto punto para seguir peleando.

Rechazadas las columnas que atacaban la huerta, el General Valle, no pudiendo ya recibir refuerzos en el estrecho recinto de la altura que tan valientemente había conquistado, tomó el partido de retirarse, bajando el último por donde había subido el primero.

En los momentos de la retirada Solórzano y Enrique

que volvieron á encontrarse, estrechándose rápidamente la mano dijo el primero á López:

—Me ha pagado vd. con usura; le debo la vida.

—Aun no está saldada mi cuenta,—respondió el joven,—porque yo debo á vd. algo más que la vida; la honra de mi hermana.

El asalto no dió, pues, por resultado la toma de la plaza; pero se había adquirido la ventaja de quitar á los sitiados el importante punto de Santo Domingo, y esto los desmoralizó por completo.

En tan difícil situación, viendo el General Castillo que ya no le quedaba ninguna probabilidad de triunfo, y deseando salvar, si no la plaza, al menos su honra militar, mandó tocar á parlamento el día siguiente del asalto y ofreció abandonar la plaza, bajo la condición de que se le dejara salir con los restos de su ejército, sus armas y bagajes.

Los Generales Gonzalez Ortega y Zaragoza se oponían á conceder esto; pero el General D. Manuel Doblado, previendo que la llegada del Jefe enemigo D. Leonardo Márquez que venía por el rumbo de Oriente, á marchas forzadas, en auxilio de la plaza, pudiera traerles graves complicaciones, propuso que se le concediera á Castillo lo que pedía, entretanto el grueso de las tropas liberales iba al encuentro de Márquez. Aceptada esta proposición, se estipuló que ambos ejércitos abandonarían la plaza, marchando los constitucionalistas catorce leguas al Oriente y los conservadores igual distancia al Occidente.

En virtud de este tratado, el General Castillo salió con sus tropas, situándose en el pueblo de Amatitán, catorce leguas al Occidente de Guadalajara, y las fuerzas liberales avanzaron rumbo á Oriente al encuentro de Márquez.

Las cosas sucedieron como el genio superior del ilustre General Doblado las había previsto.

El día 1° de Noviembre, las fuerzas liberales encontraron en Calderon á las que acaudillaba el Jefe reaccionario Márquez, y después de una corta lucha, estas fueron completamente derrotadas quedando en poder del ejército liberal toda su artillería y municiones.

Al saberse en Amatitán la derrota de D. Leonardo Márquez, las tropas de Castillo se pronunciaron, proclamando la Constitución de 1857. Solo este General y el de igual clase D. Amado Guadarrama, se retiraron con unos pocos, permaneciendo fieles á su bandera.

Poco después el ejército constitucionalistas ocupó la ciudad de Guadalajara. El sitio que acababa de pasar, debía ser el último impuesto á aquella plaza.

El partido reaccionario se había batido allí en sus últimos atrincheramientos y ya no abrigando esperanzas de triunfo, no tardaría en buscar, en su despecho y desesperación, eficaz auxilio en las bayonetas francesas.

## VI.

Luis Solórzano fué inmediatamente después de tomada la plaza, ascendido al grado inmediato como merecido premio á su valor y buen comportamiento, y no cesó de permanecer al lado del General Leandro Valle, que lo distinguía y colmaba de consideraciones.

Enrique se separó desde luego de la carrera de las armas, para dar ese último consuelo á su cariñosá madre, que á poco dejó de existir bendiciéndolo.

Luz halló siempre en el cariño de su hermano, dulce consuelo á su orfandad.



## MARIA.

(RECUERDOS DEL TIGRE DE ÁLICA).

Al Sr. Lic. D. Ignacio M. Altamirano.

### I.

MUCHO tiempo hacía que alimentaba yo vivísimo deseo de conocer la ciudad de Tepic.

Gran interés habían despertado en mí las terribles á la vez que romancescas relaciones que había oído sobre los acontecimientos allí desarrollados durante el larguísimo periodo en que Manuel Lozada, sobrenombrado el "Tigre de Álica," imperó en aquella poética y fertilísima tierra.

Todos conocen la historia de Lozada. De aquel indio semisalvaje, que gracias á las terribles ironías del destino, pudo levantarse del polvo de la bulgaridad